

Primero fué un libro: «El diario de Ana Frank». Luego, la obra teatral basada en esas páginas íntimas y providencialmente destinadas a una difusión aleccionadora. La niña judía Ana Frank vivió duramente la persecución antisemita de los nazis. Refugiada con su familia y un grupo de amigos en una estrecha buhardilla de Amsterdam, Ana escribió un patético diario. Testimonio, fe de vida de una época dramática y dolorosa en medio de la cual una adolescente despertaba a la vida. Si el libro, el verdadero diario de Ana Frank ha dado la vuelta al mundo, ese drama que actualmente se representa en el teatro «Comedia» de

Barcelona también se ha instalado en los escenarios de múltiples países—gracias a la magnífica versión teatral de los norteamericanos Frances Goodrich y Albert Hackett.—

La adaptación escénica de ese diario es tan inteligente como artística. A través de las anotaciones de Ana, Goodrich y Hackett han reconstruido ese limitado y a la vez vastísimo mundo que constituía el grupo de refugiados en las estrechas salas de un desván holandés, durante la ocupación alemana. Los nueve cuadros que componen la obra son otras tantas estampas de rotundo verismo escénico. Y la acción interior que se trasluce de las páginas del diario de Ana ha sido captada y llevada en la exteriorización de unos sucesos impresionantes por su significado. En ese sotabanco, lo mínimo adquiere resonancias de grandiosidad. Porque esos seres limitados por peligrosas fronteras están sometidos a una responsable disciplina a vida o muerte.

Sin duda, no era fácil componer una obra dramática a base de las páginas del diario de Ana Frank. Pero los adaptadores han conseguido dar calidad teatral a lo que son las impetuosas anotaciones de una adolescente. El camino era arriesgado. Pero la meta ha sido alcanzada y el espectador vive la triste desventura de un grupo de personas puestas en una situación angustiosa, pero en cuyo ámbito vital—ah, la facultad de adaptación del hombre— incluso cabe la alegría, en ciertas ocasiones.

Más allá de la importante labor artística de actores e intérpretes—¡qué magnífica creación la de Berta Riaza, en «Ana Frank»!—, hay algo que adquiere proporciones de dramática grandiosidad: la persona real de Ana Frank. Esa niña todo vitalidad, alegría, inocencia inteligente y ávida de sus derechos a la vida. Esa muchacha de quince años que entre cuatro paredes hoscas se despierta a una vida que no habrá de vivir. He aquí cómo la realidad supera la imaginación. Ana Frank no es un nombre que haya que escribir entre comillas. No es el nombre inventado por un escritor. Es el nombre de un personaje real. De un personaje que gozará la doble existencia de haber vivido en el mundo de los hombres y de perdurar en el mundo de las ideas y de las creaciones arquetípicas.

Ana Frank, la niña Ana Frank injustamente asesinada, es el símbolo —y nunca como ahora se podría decir el símbolo vivo— de tantas víctimas causadas por la deshumanización de la política y de los ideales de gobierno. El es símbolo de los oprimidos por quienes no creen en el imperio de la caridad y sólo creen en el imperio de la fuerza. Ana Frank es muchas personas de todas edades, condiciones y nacionalidades. El diario de Ana es la voz de tantos y tantos como claman en su torturada soledad y en la injusticia. Por eso, el diario de Ana se ha traducido a tantas lenguas y por eso encarnan su figura tan diversas actrices, y tantos lectores y tanto público atiende a ese mensaje de vitalidad ajusticiada sin justicia y de esperanza que ha luchado contra las esperanzas todas, y aún contra el desespero.

Porque Ana Frank dice que, a pesar de todo, ella cree que la gente es buena. Para mí, lo impresionante de ese diario no es tanto la vivencia sentimental que suscita, sino la solidez de sentimientos y de concepción de la vida que lo estructura de un modo tal vez inconsciente en la muchacha que lo redactó. Pues no se trata de un simple alegato contra la guerra o la injusticia. Sino que en ese libro, en esas escenas transparece la lección de un concepto inteligente, sano y noble de la vida. Con lo cual se puede afirmar que esas páginas son el legado de un verdadero mártir—eso es: de alguien que da fe de unas verdades absolutas y necesarias para todos.— Y, en este caso, la fe ha sido dada con un terrible lento morir.— **Enrique Badosa**

diar a las hasta el presente conocidas. Además, es originalísima.

¿Pero fiel al Evangelio?

—Completamente. Jesús no dice una palabra que no esté en los Libros Santos. La fantasía de los autores sólo ha creado las escenas no explicadas en aquél,

¿Presentación?

Si digo magnífica parecerá que hago propaganda. Y la verdad, es que, decorados, vestuarios y luces todo ello a cargo del Sr. Joaquín Pla Dalmau, autor de los proyectos y diseños, nos han sorprendido en forma maravillosa. Hay una sucesión de cuadros completamente originales, en los

que se ha logrado reunir una belleza, grandiosidad y plástica de una manera sorprendente.

Toca el tercer timbre, Boada se prepara para ser durante dos horas Juan Villanova,

Juan, digo... Joaquín: cuando haces de Jesús ¿piensas siempre en Jesús?

—En Jesús intento pensar siempre. porque es DIOS, y El es...

Se descorren las cortinas, Boada se va, ¿qué nos iba a decir? ¿qué Dios es «la visita que no toca el timbre?»...

Seguramente, que El es «La llum de la veritat»

Agustín Luís

